



La Novela Gráfica

nº42 25cts.

ENTRE MAR Y CIELO

POR WILLIAM RUSSELL Y BLANCHE SWEET



WRAY, John

ENTRE MAR Y CIELO

(ANNA CHRISTIE, 1923)



Versión literaria de la emocionante película del mismo nombre



CREACIÓN DE LOS ARTISTAS

WILLIAM RUSSELL

Y

BLANCHE SWEET



Exclusiva

HISPANO AMERICAN FILMS, S. A.

Valencia, 233

BARCELONA

REPARTO

Anita Cristofer: Blanche Swet.

Cristian Cristofer: George Marion.

Matt Burke: William Russell.

Redacción de títulos: A. Pérez Zamora.

AÑO II

MADRID-BARCELONA-LOS ÁNGELES

NÚM. 42

LA NOVELA GRÁFICA

PUBLICACIÓN SEMANAL CONSAGRADA AL ARTE DEL SILENCIO

Redacción y Administración:
Rambla del Centro, 80, 1.º
Teléf. 4656 A.—BARCELONA



Talleres Gráficos propios
Bou de San Pedro, núm. 9
Teléf. 1167 S. P.—BARCELONA

Sale los Jueves

ENTRE MAR Y CIELO

I

CADA quincena, cuando el vaporcito que conducía el correo llegaba al pueblo de Hellwiek, situado en uno de los rincones más pintorescos de la costa de Suecia, la playa se animaba y sus habitantes, pescadores casi todos, se sentían más alegres, más comunicativos entre ellos. Las nuevas de los seres queridos que navegaban por el Atlántico, el Mediterráneo o el Indico, reavivaban sus energías, adormecidas en la monotonía de la vida insípida y sin atractivos de aquel lugar, compuesto casi en su totalidad por ca-

sas de madera y cuya única fuente de ingresos estaba constituida por la pesca.

Aquella mañana — una mañana de invierno fría, llena de niebla — el correo había llegado y el cartero iba haciendo su reparto de choza en choza. Con gran sorpresa suya vió que entre los sobres, llevaba uno dirigido a la señora Cristófer, esposa de un marino que raras veces pisaba la morada de los suyos.

—¿Ve usted, señora Cristófer? — dijo el cartero—. Se queja usted de que nunca tiene carta de su marido, y hoy le traigo una.

La mujer miró la letra del sobrescrito y sonrió, como si acabase de sufrir una decepción ya prevista.

—Esta carta no es de mi esposo — respondió—, sino de mi hermano, que está hace muchos años establecido en los Estados Unidos, en Minnesota.

—¿Y cómo es que su esposo casi nunca la escribe?

—Porque es un enamorado del mar, como muchos de los de su oficio, y siente una atracción inexplicable por las olas. Esto hace que no se acuerde nunca de su familia, como no sea para enviarnos algún giro cuando cobra su prima de embarque, porque de otro modo, no sé como viviríamos.

El cartero retiróse, después de saludar cortésmente, y la mujer rasgó el sobre, del que

extrajo una carta conteniendo unas pocas líneas.

Como había adivinado, la misiva provenía de su hermano. En ella, después de preguntarle por el estado de salud de Cristián, su esposo, y de la pequeña Anita, único consuelo de la pobre mujer, le exhortaba a abandonar Hellwiek y trasladarse a los Estados Unidos.

“El clima de aquí — decía la carta — es delicioso, la vida agradable, y puesto que tu marido no tiene más cariño que el mar, lo mejor sería que vinieses con nosotros. Anita debe tener, si no me equivoco, ocho años, y será pronto necesario pensar en hacerle aprender un oficio. Aquí siempre la esperará un porvenir más risueño y viviréis más acompañadas...”

Anita se parecía mucho a su padre, y como él, sentía irresistible atracción por el mar. Nada la hacía disfrutar tanto como el espectáculo majestuoso de las olas, viniendo a detenerse ante ella y besando sus diminutos piececitos.

—¡Quítate de ahí! — le decía su madre cuando la sorprendía encaramándose a alguna barca o haciendo alguna diablura por el estilo—. ¡Un día te ahogarás y te comerán los peces! ¿No te sirve de escarmiento lo que ocurrió el otro día, que el mar se tragó a uno de tus amiguitos?

Pero la pequeña no escarmentaba y no ha-

llaba distracción como no fuese a la orilla de la inmensa sábana opalina, sin otro límite que el cielo, cuyo rumor tenía para ella el dulce ritmo de un canto de sirena.

Aquella circunstancia fué la que acabó de decidir a la mujer de Cristián. Huyendo de Hellwiek, librería de la atracción pernicioso del mar a su querida hija y aseguraría su felicidad asegurándole la protección de su hermano...

—Nos vamos a ir de aquí, hija mía — le anunció aquella misma mañana, cuando la niña, después de jugar por la playa como era su costumbre, volvió a su casa para comer. Nos iremos a Minesota, donde vive tu tío... Allí no hay mar, y cuando llegues a casarte, no tendrás que ser la mujer de un marinerito como yo, y tendrás siempre al lado a tu marido sin tener que rezar eternamente para que Dios le libre del peligro...

II

ENTRETANTO, muy lejos de allá, en el puerto chino de Shangai, Cristián Cristófer acababa de rendir viaje. Desembarcó, y su primer gesto, como ya era en él tradicional, fué encerrarse en un tabernucho

inmundo del barrio marítimo, en donde consumió en copas de vino casi todos sus ahorros. Compró luego una muñequita china para su pequeña y regresó a bordo.



—Los días de niebla — decía Anita—, me recuerdan mi infancia en Hellwiek.

—¿Qué? — le preguntó el capitán—. ¿Volverás a embarcarte cuando llegues a Suecia, o continuarás?

Cristián se encogió de hombros, como si se

hubiese resignado definitivamente a aquella fatalidad.

—¿Qué voy a hacer, sino seguir navegando! — exclamó—. ¡Me he gastado todo cuanto había ahorrado durante el viaje! ¿Cómo podría vivir?

Y luego, haciendo una pausa, continuó diciendo:

—Por otra parte, ¿qué haría yo en mi pueblo? ¿Buscar un oficio? Ya soy viejo para ello. ¿Pescar? Hace falta dinero para comprar una barca, redes, pagar un equipo de pescadores, y todo eso para que te sorprenda un día la tempestad y pierdas toda tu hacienda! Navegando en un barco, a lo menos, el día que ocurre una catástrofe, no se pierde nada más que la vida, cosa que nosotros miramos siempre con absoluto desprecio...

—¡Chócala, compañero! — dijo el capitán. — ¡Eres un marino de verdad, como yo! De los que navegaremos mientras podamos movernos! ¡Así me gusta!

—Es que el mar puede más que yo: me atrae sobre todas las cosas. Si me llegase a faltar el mar, yo creo que moriría. ¡Hace tantos años que navego! ¡Desde los trece años!

El capitán despidióse de él, pues le acababan de llamar para un asunto urgente los consignatarios del barco. Cristián fué a encerrarse en su dormitorio, desligó los cordeles con que había atado la caja que contenía el

juguete que había comprado para su hija y quiso contemplarle. Pero el alcohol se había hecho dueño de sus nervios y la hermosa y frágil muñequita se escapó de sus manos y rodó al suelo, haciéndose trizas...

—Es inútil — murmuró el marino—. El mar es el único lugar en que puedo hallar consuelo... Quiero comprar un día un juguete para mi Anita y se me rompe...

III

LA vida, implacable y dura, siguió para aquellos seres a los que el Destino había separado. Cristián, navegando siempre y escribiendo muy de tiempo en tiempo cartas lacónicas a su mujer, ésta, trabajando al lado de su hermano y cuidando a su hija, y Anita, esperando que un día su padre abandonase el mar y fuese al lado suyo...

Cuando acababa de cumplir quince años, la muchacha experimentó el primer dolor de su vida. Su madre, agotada por la edad y por el trabajo, murió, y como los negocios del tío no marchaban muy bien, Anita no tuvo otro remedio que decidirse a buscar ocupación con que subvenir a las necesidades de la vida. En una granja, propiedad de dos socios — Jim

y Harrison — halló colocación la joven, y en la edad dorada de las ilusiones fué cuando empezó a sentir la dureza de la lucha por la existencia.

Todas las noches, una vez terminada su ruda labor, al regresar a la soledad de su cuarto angosto y mísero, sentía la pobre muchacha con mayor intensidad que nunca el dolor de su vida miserable y la tristeza de tener un padre que no había sabido despertar el cariño filial en su corazón.

Fué, pues, con extraordinaria alegría, que un día, Anita recibió una carta de Cristián en la que le anunciaba su firme decisión de abandonar definitivamente el mar para consagrar exclusivamente a ella el resto de sus días. Le enviaba fondos para que pudiese embarcarse con destino a Glasgow, en donde debía hacer escala el barco en que iba Cristián. Allí desembarcaría éste, recogería a su hija, harían juntos el resto del viaje y luego, se trasladarían a Hellvieik en donde podrían vivir sosegados y tranquilos.

La noticia llenó de contento a Anita, que veía en la decisión de su padre, no solamente el final de sus penalidades, sino la felicidad de tener a su lado al autor de sus días. Una semana después, la joven despidióse de casa de Jim y Harrison y contenta, satisfecha, llena de alegres ilusiones, emprendió el viaje que su padre le ordenaba.



—Estoy mucho mejor — dijo Burke...

El viaje le probó muy bien. Aunque hacía más de seis años que no se había embarcado, no sintió para nada los efectos del mareo. Al contrario. A la satisfacción de irse a reunir con su padre, uníase el goce intenso de volver a mecerse en las olas, como cuando era pequeñita... Pasaba casi todo el día en el puente del buque, envuelta por la gasa de la niebla, recordando con emoción las horas de apacible quietud pasadas durante su infancia, en la playa de Hellviek.

La travesía fué felicísima, sin que se registrase a bordo ningún incidente desagradable. Con pocas horas de diferencia, llegaron a Glasgow, Anita y Cristián. La alegría del viejo, al ver a su hija hecha una deliciosa mujercita, no tuvo límites. Abrazóla y besóla con efusión, mostrando una dicha inmensa de volverse a reunir con ella...

—¡Qué risueña has venido! — decía—. ¡Se conoce que el viaje te ha probado bien! Parece que te hayas pasado la vida en el mar... Casi estoy arrepentido de haberte hecho venir...

—¿Por qué, papáito? — interrogó la joven.

—Porque temo que te acostumbres a esta vida errante, que te aficiones al mar, como yo, y ya sabes cuan peligroso es... ¡Tú no puedes imaginarte las veces que he estado frente a la muerte, y que he escapado de ella por un verdadero milagro!

—Pero ahora ya no correrás ningún otro peligro, papá... Terminaremos este viaje y nos volveremos a Suecia, ¿verdad? ¡Si supieras la dulce emoción con que espero volver a ver los parajes en que crecí! Los días de niebla me recuerdan mi infancia en Hellviek, y siento una sensación extraña, como si estuviera en un mundo desconocido, sin sol, sin luna, sin que transcurra el tiempo y en el que las ideas y las cosas adoptan formas vagas, como vistas en sueños...

El rostro de Cristián se frunció, como si experimentara una sensación de desagrado.

—¡La niebla! — murmuró—. ¡Estás enamorada de la niebla!

—¿Es qué te disgusta? — preguntó la muchacha con extrañeza.

—No... Pero piensa que la niebla, que a ti tanto te gusta, es precisamente la mayor enemiga del navegante... Ella impide ver los escollos, provoca choques entre los vapores, origina tremendas catástrofes sin que sea posible la salvación de los naufragos, porque la niebla precisamente desorienta al capitán que quiere acudir en auxilio del buque siniestrado... La niebla, entre nosotros, es de mal agüero, y la tememos tanto, que no la nombramos más que cuando nos es imprescindible, y aun entonces pronunciamos la palabra con respeto, como si nos diera miedo...

Anita, pensativa, escuchaba las palabras de su padre.

—¡Sí! ¡Tienes razón! ¡Mamá siempre rezaba para que Dios te guardase de la niebla, porque decía que le daba más miedo que los incendios y que las tempestades!... Pero no hablemos ahora de eso, papá. Hablemos de nuestros futuros proyectos de tranquilidad y de reposo en nuestro país... Dime. ¿Tardaremos mucho en volver a emprender el viaje?

—Esta noche misma — contestó Cristián—. A las ocho y media, con la benevolencia del Todopoderoso, zarparemos con dirección a Suecia y ya no te abandonaré más... Quiero que ya que tu madre, por desgracia, no pudo gozar de la tranquilidad y el reposo que bien merecidos tenía, no te falte a ti nada y no tengas que vivir más en la perpéua zozobra de que un temporal acabe con mi vida...

Desde que me hicieron capitán he ahorrado algún dinerillo, y quiero labrar tu felicidad.

Y tal como le había anunciado, aquella misma noche, el buque que capitaneaba Cristián salía con dirección a las costas de Suecia, en donde debían desembarcar para dar realización a sus ansiados proyectos...

IV

LOS dos primeros días de viaje transcurrieron sin que el menor incidente turbase la monotonía de a bordo. Pero, la tercera noche, el tiempo empezó a mostrarse excesivamente cubierto y lleno de bruma...

—¡Esta niebla dará qué hacer a todos los buques que se encuentren por aquí! — dijo Cristián—. Me hace muy poca gracia el tiempo que se prepara. Estad todos ojo avizor, y que la Providencia vele por nosotros.

Cogió su impermeable y subió al puente. Anita, a quien el peligro no asustaba, se empeñó en acompañarle.

—¡No seas loca! — exclamó Cristián—. ¡La lluvia arrecia y vas a resfriarte! ¡Quédate en el camarote!

Pero la joven insistió en acompañar a su padre en aquellos momentos en que la seguridad del barco estaba amenazada. Con un impermeable que le prestó un marino se fué al puente y ya no quiso moverse de allí, a pesar de los ruegos de su padre.

En aquellos momentos, a muy pocas millas de distancia, un trasatlántico marchaba en la niebla hacia su perdición.

—¡Ahí tienes a tu amiga la niebla! — dijo el capitán a su hija—. A causa de ella va a

hundirse muy pronto ese barco sin que podamos prestar auxilio a sus tripulantes.

No pudo terminar. Al darse cuenta de que la catástrofe había estallado y que el buque, acostado sobre estribor, iba a ser pronto devorado por las enfurecidas olas, el alma del marino, que la rudeza de los elementos y de su vida agitada no había logrado curtir, tembló de espanto y de horror.

—¡Pobre gente! — dijo—. ¡Se hunden sin remedio!

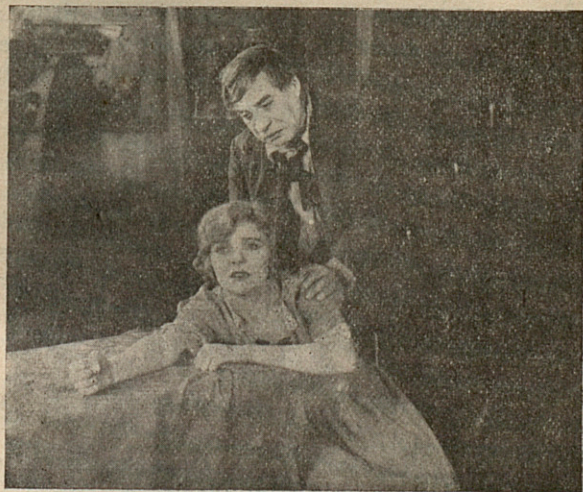
Para intentar hacer algo por ellos, el capitán dió orden de que encendiesen todos los reflectores, a fin de que si alguna lancha podía escapar a la tempestad, supiese hacia donde dirigirse. En efecto, poco rato más tarde, una canoa repleta de hombres semi-desnudos, alocados por el terror y por el frío, se acercaba al buque.

Los marinos arrojaron enseguida un cable a la frágil embarcación a fin de que utilizándolo pudiesen los náufragos trasladarse a cubierta. Eran doce, todos hombres fuertes y robustos, fogoneros y paleros en su mayoría.

—¡Cuidado con este, que debe encontrarse muy mal herido! — dijo uno de los náufragos señalando a un hombre alto, grueso, corpulento, que tenía toda la espalda llena de sangre.

—¡Matt Burke no necesita de preferencias! — gritó el interpelado—. ¡Con que le debáis

la vida se da por satisfecho, y si no le cuidan bien, poco le importa, que ha contemplado muchas veces sin pestañear a la Muerte y no se va a desmayar por un rasguño.



Cristián hondamente conmovido procuró consolar a su hija

Cristián intervino:

—A ver — dijo—. Todos vosotros al castillo de popa, que os darán ropas para que os podáis vestir. Este, me cuidaré yo de él. Tiene una herida y hay que vendársela.

Anita contemplaba con dolor aquella triste escena.

—Ya lo ves — le dijo su padre—, los resultados de la niebla. Verdaderamente la pobre mujer que se casa con un marinero, ha de renunciar para siempre a su vida y a su tranquilidad. Se pasa todo el tiempo rezando para que a su marido no le ocurra nada, y el día menos pensado, le anuncian un siniestro.

La muchacha le escucha, bajos los ojos, como si tuviese miedo de una reprimenda.

—Todo esto que te digo—siguió mascullando el padre de Anita —, es por tu bien, porque tú eres joven y, quién sabe lo que puede pasar. En fin, mi deeb, es advertirte...

—¿Quiere usted que traiga gasa y compresas? — preguntó la joven.

—No. Vuelve a tu camarote, que yo ya cuidaré de este herido.

La hija del marino obedeció a disgusto. Ella hubiera querido ayudarle a cuidar a aquel pobre muchacho, de rostro fiero, pero simpático, que debía estar aterido por el frío y dolorido por la lesión que sufría. Pero no insistió, porque tenía mucho respeto a su padre y no le quería contrariar. Por otra parte, era muy tarde y se caía de sueño.

Desnudóse lentamente, metióse en su camarote y allí esperó que amaneciera, casi sin poder conciliar el sueño. Apenas se hizo de

día, Anita no pudo resistir la curiosidad de ir a ver el herido. Levantóse sigilosamente, procurando no ser vista, y, de puntillas, se dirigió al camarote donde su padre había acostado a Matt Burke.

Al verla, el joven sonrió y llevó su mano a la cabeza, que llevaba vendada con un pañuelo.

—¿Cómo se encuentra usted, joven? — interrogó Anita.

—Mejor... Muchas gracias... Aquí, en la cabeza, me duele un poco...

—¡Claro! — dijo entonces la muchacha—. ¡Cómo que le han vendado muy mal! ¡Oh! ¡Y con un pañuelo! ¡Espérese un poco, que yo voy a ponerle una venda! ¿De la herida de la espalda está usted mejor?

—Apenas me duele. Esta mañana probaré de levantarme.

—¡No cometa usted semejante imprudencia! Un resfriado podría serle fatal...

—¿Un resfriado? — preguntó Matt Burke riendo a carcajadas—. ¿Pero cree usted que nosotros conocemos tales minucias? Mire usted: yo estaba de cabo de fogoneros en las calderas y trabajábamos siempre desnudos, sin otra prenda que unos calzoncillos de tela liviana... De las calderas fui a parar al agua, que estaba fría como el hielo, y, ya lo ve usted! ¡Tan campante!

Anita, entretanto, había preparado el vendaje y lo colocaba sobre la frente de Matt.

—Muchas gracias — contestó emocionado Matt Burke—. Es usted muy buena conmigo.

—¡Anita! ¿Qué haces aquí? — gritó en aquel momento la voz de Cristián, que acababa de levantarse y al no hallar a su hija en su camarote había adivinado que se encontraba al lado del herido. ¡Te dije ayer que no te preocuparas de este joven, y me desobedeces!

—Papá... no te enfades — murmuró la muchacha—. Yo creía que esto no había de contrariarte... Tener buen corazón y prestar mi ayuda a quien la necesita, no creo que sea ninguna cosa mal hecha...

—Te he dicho — insistió el capitán—, que te prohíbo terminantemente que sigas cuidando a este hombre. ¿Me comprendes? ¡Terminantemente!

—No le haga usted caso — repuso el herido—. Su papá es un gruñón y un egoísta, y no debe dejar que se marchiten sus encantos sin disfrutar de la felicidad a que tiene derecho por su bondad y por su belleza. Una juventud sin amor, señorita, es como una mañana de primavera sin sol...

Pero Cristián no le dejó seguir adelante. Ordenó a su hija que saliera de allí y, encarándose con Burke, le dijo:

—¿Qué pretende usted? ¿Enamorar a mi

hija? ¡Sepa usted que yo no la he criado para que sea la esposa de ningún marinero! ¿Me ha comprendido?

Matt calló. Estaba herido y no podía contestar al capitán como él acostumbraba: a fuerza de puños. Cristián, sin añadir tampoco palabra, dió media vuelta y se alejó del camarote.

V

TRES días tardó en restablecerse Matt Burke. Durante aquellas setenta y dos horas, Anita, burlando la vigilancia de su padre, exponiéndose a un disgusto y siempre llena de angustia y zozobra por temor a ser descubierta, siguió cuidando al fogonero.

Entre los dos jóvenes fueron estrechándose los lazos de simpatía que desde el primer momento les habían unido y el primer día que Burke abandonó el lecho no pudo resistir al deseo de decirle:

—Estoy muy agradecido de sus bondades para conmigo, señorita... Pero yo desearía saber, y la afirmativa sería para mí la más agradable noticia del mundo, si usted ha hecho esto sólo por humanidad.

—Por la natural compasión que usted me inspiraba...

—¡Estoy muy contento de su respuesta!
— exclamó Burke—. ¡La mujer que siente
compasión por un hombre, es que le empieza
a querer!

Anita bajó los ojos...

—Sabía que mi corazón no se engañaba
cuando palpitaba por usted... Así que el bar-
co llegue a su destino, nos casamos ¡y a vi-
vir felices y contentos!

Una triste sonrisa se dibujó en los labios
de Anita.

—¡Usted no ignora que yo debo obedecer
a mi padre, Matt! — le dijo—. ¡Es un deber
al que no puedo faltar!

—¡Déjese de deberes, Anita! Mañana lle-
garemos a puerto, nos casaremos, y, si su
padre se entera, que sea después.

En efecto, al día siguiente el buque llega-
ba al final de su viaje. Desembarcó todo el
mundo y Cristián llevóse a su hija a una po-
sada cercana al muelle.

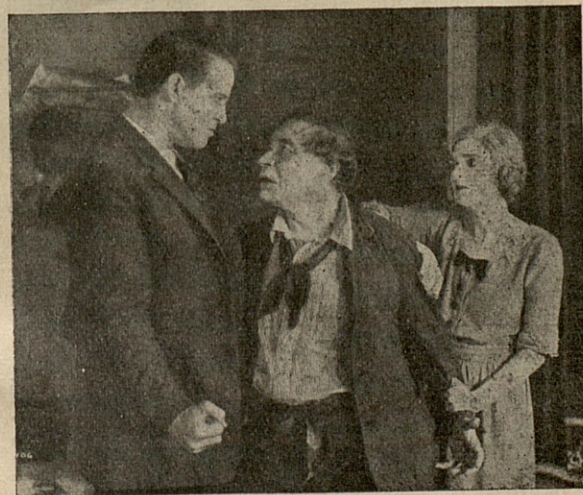
—¡Gracias a Dios que se ha marchado ese
maldito fogonero! ¡Cree que tenía ganas de
verme libre de él!

—No sé porque le tienes tanta antipatía —
repuso Anita—. Es un buen muchacho, algo
violento e irascible, pero lleva en el pecho
un corazón de niño.

—Bueno, pero no me hables más de él —
exclamó Cristián, malhumorado—. Mira,
ahora voy a salir para despachar unos docu-

mentos en el muelle y volveré dentro de me-
dia hora. Si estás cansada y no quieres mo-
verte de aquí, espérate.

Pocos momentos después de haberse mar-



—¡Mi hija no será su mujer aunque me
cueste la vida! — gritó Cristián.

chado Cristián, Matt Burke comapreció en la
posada y preguntó por Anita Cristófer.

—Está arriba, cuarto número veintiseis —
le contestó el portero—. Puede usted pasar.

—¡Aquí vengo con la sortija de novia, los

documentos y mi decisión firme de que sea usted mi mujer! — dijo así que vió que la joven estaba sola.

—¡Por el amor de Dios! ¡No sea usted tan impulsivo!

—¿Impulsivo? ¡No! ¡Es que a mí no hay cosa que me indigne más que los hombres que hacen perder tiempo a una novia, y luego no se casan con ella. Yo digo que me caso, y, a los diez días escasos, ¡hecho!

—Que quiere usted que le diga... Es un procedimiento que me desconcierta un poco...

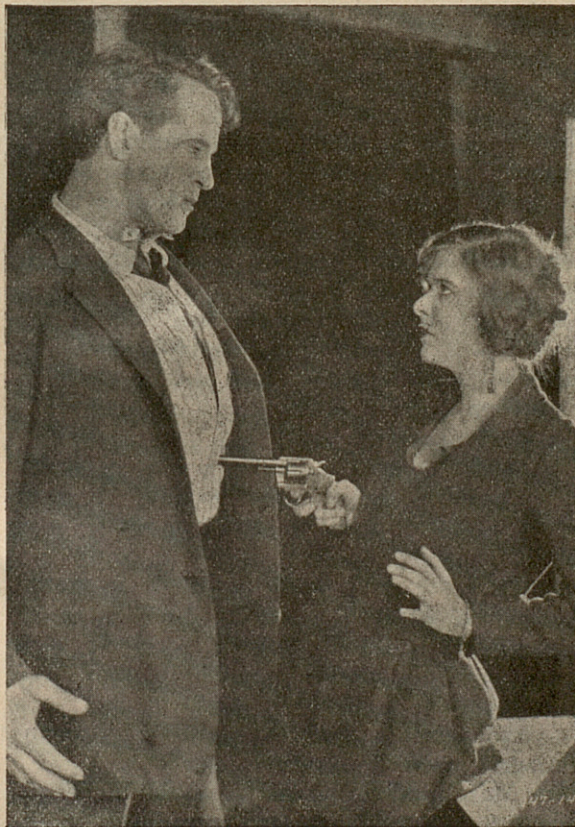
En aquel instante, Cristián regresaba del muelle.

—¿Usted aquí? — dijo viendo a Matt—. ¡Anita, haz el favor de retirarte que debo hablar a solas con Burke!

La muchacha obedeció.

—Matt — díjole el capitán, así que su hija se hubo marchado—, siento decirle que usted ha abusado lamentablemente de mí, violando las leyes más sagradas, que son las de la hospitalidad. Le dije a usted que Anita no sería para usted, porque yo no quiero que se case con un marino y sea otra desgraciada como su madre, que se pasó la vida rezando para que Dios protegiera mi barco y murió consumida por la angustia y por la pena, y le repito que no lo conseguirá, por mucho que haga.

—Pues mire — respondió Burke—, lo sien-



—¡Tira! — dijo entonces Matt Burke—. ¡Tira, y moriré dándote las gracias!

to porque traigo aquí la sortija de casamiento, los documentos y flores. ¡Ya ve usted, hasta flores! ¡Sí, hombre, sí! ¡Las cosas, o se hacen bien, o no se hacen!

Exasperado, Cristián arrojóse contra Matt. Pero no había contado con la resistencia y con la fuerza de éste, que defendiéndose como con la fuerza de éste, que atenazándole como un hércules, logró paralizar casi totalmente a su rival.

Loco de rabia, al verse dominado por aquel muchacho, Cristián, logró desasir la mano derecha de los puños de acero de su enemigo y buscó en el bolsillo su afilado cuchillo...

Pero Burke vigilaba.

—¡Ah! ¿Recurrer a las armas? — preguntó—. Tampoco te han de valer, que los nervios de Matt Burke pueden más que todas las artimañas...

Un grito de dolor escapóse de la garganta de Cristián. Matt había asido con fuerza su brazo derecho, obligándole a hacer una contorsión y a abandonar el cuchillo, que cayó a tierra.

—¡Padre mío! ¿Qué es eso? — gritó, angustiada, la voz de Anita.

Los dos hombres abandonaron la lucha súbitamente y cambiaron una mirada de inteligencia.

—¡Oh! ¡Nada! — repuso afectando perfecta calma el fogonero—. Para festejar nuestra

próxima boda, estábamos haciendo una pequeña demostración de fuerza y probábamos nuestros puños...

Anita, llena de espanto contemplaba a los dos hombres. De la muñeca de su padre pendía un hilito de sangre... Burke advirtió que ella se había dado cuenta y añadió:

—...y se ha lastimado un poco la muñeca...

La muchacha sacóse un pañuelo del bolso, vendó la herida de su padre, y luego exclamó:

—Adiós, Matt.

—¡Cómo, adiós! — gritó Burke—. ¿Qué significa eso?

—Adiós — repitió Anita—. Yo no puedo ser su esposa. Me lo vela la firme oposición de mi padre, y, aunque ésta no existiera, tampoco sería posible...

—¿Por qué? — preguntó Burke con ansiedad.

—Porque hay una página triste y dolorosa en el pasado que me lo impide... Yo debo decir la verdad, aunque con ello le ocasione un disgusto muy grande, y mi padre, que ignora mi desgracia, sufra mucho también...

—¿Qué es eso? — interrogaron a la una Cristián y Matt.

Entonces, sollozando amargamente, Anita, con voz entrecortada confesó la verdad, toda la horrible verdad...

—Hace tiempo... Cuando yo estaba en la

granja de Pim y Harrison, un hombre abusó de mi debilidad... Y yo... no me había atrevido a confesar mi deshonra...

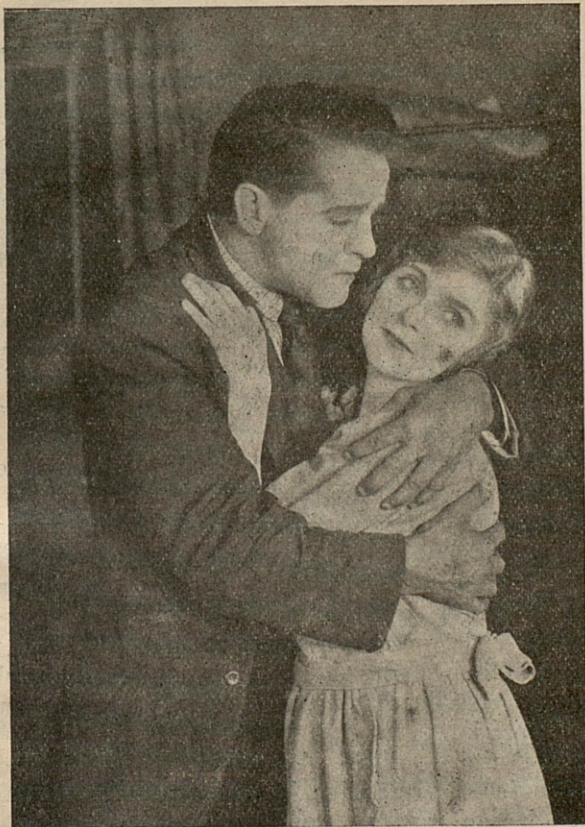
Burke volvióse rojo de rabia y de desesperación. Con los ojos inyectados en sangre, roja la faz y los músculos tensos, como a punto de estallar, gritó:

—¡Eres una harpía, como todas, indigna del cariño de ningún hombre! ¡Me has engañado miserablemente y has destrozado mi corazón! ¡Adiós!

Como un loco, lanzóse fuera de la estancia, mientras Cristián, hondamente conmovido por aquella escena, que le había revelado la triste historia de su hija, procuraba consolarla...

VI

AQUELLA noche, Anita lloró continuamente, con dolorosa amargura. El castillo de sus ilusiones habíase derrumbado. Sentía deseos de huir de allí, de abismarse en la inconsciencia de la irrealidad, pero no podía. Estaba rendida por el dolor, y, no obstante, le era imposible conciliar el sueño. A media noche, Cristián dióse cuenta de



Anita y Matt' abrazáronse con ternura infinita

que su hija había huido de la habitación que ocupaba. Algo grave había ocurrido... ¡A medio vestir salió a la calle... Nada... Ni una sola persona transitaba por el puerto... Sólo a lo lejos, una sombra... ¡Sí! ¡Era su hija! Corrió hacia uno de los desembarcaderos y halló a Anita, recostada sobre la barandilla, contemplando el mar...

—¿Qué hacías aquí? — exclamó lleno de angustia—. ¿Qué pretendías hacer?

—Iba a emprender mi último viaje. El viaje hacia el país del que no se vuelve — sollozó la pobre muchacha—. ¿Por qué has venido a retenerme? ¡Hubiese sido tan dulce, la muerte bajo las aguas!

Horrorizado, el marino llevóse como pudo a su hija a la posada. Pasaron tres días, durante los cuales Anita apenas tomó algunas tazas de caldo. Cristián confiaba en que, al reemprender el barco su marcha, que debía salir al día siguiente, el espectáculo incomparable del mar la distraería.

Faltaban pocas horas para que saliera el navío cuando Burke presentóse de nuevo en la posada.

—Anita — dijo —, he venido a decirte que te quiero, y que diga lo que quiera tu padre, yo he de casarme contigo.

—¡Jamás! — repuso el viejo—. ¡Aunque esta noche haya de costarme la vida!

—¿Qué? — murmuró Burke—. ¿Se atreve-

ría usted a luchar todavía conmigo? Si se acerca le rompo...

No pudo terminar. Anita, con una pistola en la mano, le intimaba a retroceder.

—¡Tira! — le dijo entonces Matt Burke—. ¡Tira, y yo moriré dándote las gracias! ¡He recorrido estos días todos los tugurios, me he emborrachado, he buscado la distracción en todos los placeres, y he comprendido que no podía vivir sin ti...

Lentamente, Anita iba bajando la mano que sostenía el arma.

—Y he venido a decirte que te quiero, que no me importa tu pasado, y que lo único que me importa es tu amor. Porque yo sé que tu me amas. Hace un momento me amenazabas porque yo había insultado a tu padre, al ser que más quieres. Pero no has disparado. Te faltaba valor y tu eres incapaz, además, de hacer mal a nadie y menos a mí...

En un rincón, vencido, el capitán Cristián Cristófer, contemplaba la escena y sollozaba como un niño.

—¡Basta, Matt! — exclamó—. Has vencido. Llévatela. Es tuya. La has conquistado a fuerza de cariño y me la quitas... ¡Cómo va a ser! ¡Moriré solo, como he vivido, y como mueren todos los hombres que abandonan el amor de su mujer para desposarse con el mar!... ¡Abrazaos, hijos míos!...

Anita y Matt se abrazaron con ternura in-

E. 19-2-6/8

finita. Y mientras ella daba las gracias a su padre con una expresión inconfundible de cariño, Cristián, en voz baja, murmuraba:

—Y ahora a navegar. A navegar otra vez... como siempre... Solo... eternamente solo...

Y la voz de su hija clamó en aquel instante:

—¡No, padre mío! ¡Sólo, no! En cuanto nos casemos, yo me quedaré en tierra y vosotros navegaréis, como antes, desafiando día y noche mil peligros. Y yo seré la esposa del marinero, como fué mi pobre madre, que sabía esperar... que todavía espera...

Sereno, impávido, de pie en el puente, Cristián Cristófer como tantas otras veces, observaba el horizonte con sus catalejos.

—Otra vez niebla — decía —. Niebla traidora, como aquella que hizo naufragar el barco de Matt y por ende me arrebató el cariño de mi hija... Niebla en el cielo, niebla en mi corazón. ¡Maldita seas!

FIN

